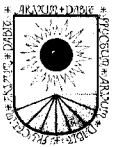
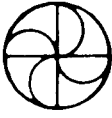




- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)



Familia y Educación

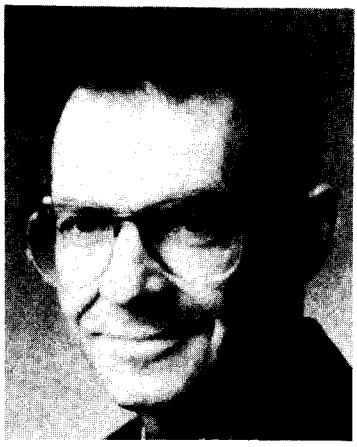
LOS MIEDOS DEL HOMBRE

CONVERSACIÓN CON AQUILINO POLAINO-LORENTE
CATEDRÁTICO DE PSICOPATOLOGÍA

El Dr. Aquilino Polaino-Lorente es catedrático de Psicopatología de la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de numerosos libros y artículos de su especialidad, con prestigio internacional. Sin más preámbulos, pasamos al asunto que ahora nos interesa.

Un común denominador —muy probablemente es de todos los tiempos—, consiste en el lamento sobre la juventud «actual». La juventud «actual» de los tiempos de Adán y Eva fue, en buena parte fraticida. Caín mató a Abel, por envidia, y encima de índole religiosa. Los sacrificios de Abel resultaban gratos a Dios y los de Caín, no.

Ahora hay jóvenes que se matan o autodestruyen no con quijadas de burro, sino con drogas, alcohol, sexo a lo bruto, insensatez, vandalismo en carretera, o sencillamente tirándose por la ventana, por miedo a la vida o por aburrimiento. La Organización Mundial de la Salud (OMS), ofrecía recientemente estadísticas alarmantes (no es para menos): el suicidio es la primera causa de muerte de jóvenes de entre 18 y 24 años en Europa, EE. UU., Canadá y Japón. La siguiente causa de muerte en este tramo de edad son los accidentes de tráfico.



Prof. Aquilino Polaino-Lorente

LA PERMISIVIDAD GENERA PASOTISMO

—¿Qué es lo que en la actualidad —en la frontera entre el siglo XX y el XXI— explica la autodestrucción de un sector tan relevante de la juventud? No parece que sea un motivo religioso como el de Caín.

—Los jóvenes, hablando en general, se encuentran hoy desmotivados, aburridos y desesperados. ¿Por qué? Los jóvenes son siempre un espejo de la generación anterior. Como su energía vital es pujante, inconscientemente, suelen radicalizar las ideas de sus mayores. Sucede en la actualidad que no ven valores encarnados en sus educadores, sobre todo en los padres y los profesores. Si se quiere reconducir a la juventud hacia la alegría de vivir, es

preciso arreglar la situación de la familia y del colegio. Es urgente que padres y profesores se planteen seriamente qué valores están encarnando, ellos, porque cada persona, inevitablemente encarna valores que se traslucen en su comportamiento. Los jóvenes aprenden valores, no tanto por lo que se les predica como por lo que se les enseña con el ejemplo. De ahí la importancia del comportamiento de los padres. La permisividad de los padres conlleva un déficit de valores positivos que impide transmitirlos. Nadie da lo que no tiene. La permisividad de los padres favorece el pasotismo de los hijos. Cosa análoga hay que decir de los profesores. Hay una asignatura de la que nos examinamos muy pocas veces y de la que impartimos clase todos los días: la asignatura

del ejemplo. Si no tenemos ilusión por la vida, si cedemos a la cultura de la muerte (la que prefiere el aborto, la eutanasia, la contracepción, uso brutal del sexo, de las drogas, del alcohol, etc.) nos desmotivamos para la vida. Carecemos de ideales sólidos y esto, que puede ser en cierta medida inconsciente en una generación, se revela en toda su crudeza a la siguiente. La desmotivación conduce al aburrimiento. Nunca como ahora hemos tenido tantos medios para divertirnos, pero lo que aburre no son las circunstancias externas, sino la propia vida si no tiene interés en sí misma.

Los jóvenes quieren y pueden ser felices, pero en general no saben cómo. Los padres y los profesores tampoco saben hacerles felices. Si los padres tienen miedo a la vida, ¿qué va a ser de los 1,2 hijos que tienen? Si el profesor no disfruta dando clase, ¿cómo van a interesarse los alumnos? Si ellos no están motivados, ¿cómo van a motivar a los hijos o alumnos?

—Parece claro que el aburrimiento encuentra su explicación en el vacío de valores, que conduce al desprecio, hasta de uno mismo. ¿Y el miedo? ¿A qué tiene miedo la juventud, o, si lo prefiere, más en general, el hombre de hoy; y por qué?

—Es necesario distinguir entre miedo y temor. El miedo es irracional, no tiene objeto definido. Cuando alguien tiene miedo en serio, aunque le acosemos a preguntas, casi nunca acierta a explicarnos de qué y por qué tiene miedo. El miedo es irreflexivo. En cambio, el temor es consecuencia de la reflexión. La inteligencia mira al futuro y si no se ve con cierta claridad, angustia. Una cierta seguridad es indispensable para la persona. No se puede vivir cara a la oscuridad o a la nada. Los clásicos ya hablaron del «horror vacui», horror al vacío. Es natural, porque el hombre tiene en sí mismo un ser de mucha categoría, tanto que contiene un anhelo de infinito. Cuando no se ve siquiera la posibilidad de alcanzarlo, se hunde. El hombre, por naturaleza racional, vive hacia el futuro. Si no lo ve, se refugia en el presente, tratando inútilmente de llenar su vacío. Y el presente —sin más horizonte— habría o desespara.

El hombre actual tiene miedo a los demás, al mundo, a la crisis cultural contemporánea, a la sociedad, a las guerras, al desequilibrio ecológico, al hambre, a la falta de paz, a su propia supervivencia, a las crisis económicas, al SIDA y a mil cosas más. Esos miedos tienen un cierto fundamento objetivo. De un lado,

nuestra época ha alcanzado logros humanitarios maravillosos, pero a la vez estamos en el siglo que más ha aplastado la dignidad del hombre. Esta disonancia, forzosamente ha de causar un cierto vértigo. Pero en el fondo, hay un miedo que no es exclusivo de nuestra época, sino una constante de la Historia, me refiero al miedo a Dios. A pesar de —o precisamente por— su actitud racionalista, el hombre de hoy tiene miedo a Dios. A pesar de tanto agnosticismo, ateísmo y confucionismo, el hombre continúa teniendo miedo a Dios. Acaso no crea en Dios, pero le teme. Es bien conocido el caso de quienes piensan: es mejor temerle, por si acaso. Es un miedo enraizado en la incertidumbre, en el acaso. Algunos que han vivido incrédulos, cuando experimentan el zarpazo de una grave enfermedad, piden la Confesión... por si acaso; por si acaso Dios existe, aunque sea sólo para aminorar el riesgo (un riesgo calculado). Cuando el Cardenal Wojtila fue elegido Papa, casi lo primero que dijo al mundo fue: ¡No tengáis miedo!. Y este grito despertó un eco impresionante. ¿Por qué? Porque es verdad que el hombre de hoy tiene miedo. Juan Pablo II ha puesto el dedo en la llaga. ¿Por qué el hombre teme a Dios, que lo ha creado a su imagen? La respuesta es: porque ha dejado de entenderle como Padre.

Se vive en la dialéctica del amo y el esclavo (Hegel): Cuando el hombre ve a Dios como amo, no como padre, experimenta el miedo servil. Obedece al modo del esclavo, por temor al castigo eterno. En lugar de temer la ausencia de Dios, se teme el dolor propio, el sufrimiento. Entre amo y esclavo no hay amor. Si hubiera amor ya no habría esclavitud sino libertad. Ya en la antigua Roma, cuando un amo amaba a su esclavo, le daba la libertad (y éste se convertía en *liberto*). Dios ha visto siempre al hombre como hijo, desde el primer momento. Pero si el hombre ve a Dios como amo, entonces es natural rebelarse. Con lo cual, el miedo no desaparece. Para vencerlo parece que hay que hacerse como Dios. Adán y Eva comieron la manzana no tanto para desobedecer a Dios sino para ser como Dios. Es la misma tentación altanera y prepotente que sufre el hombre de hoy. No incumple un mandamiento de la Ley de Dios para desobedecer sino para elegirse a sí mismo, para autoafirmarse como si fuera un ser absoluto, autosuficiente, un dios no dependiente de nada ni de nadie, capaz de autoerigirse en juez del bien y del mal.

Quizá —se piensa a veces—, haya que reconocer que Dios existe (es tan claro), pero nunca

se ha de tratarle demasiado, sino con mesura, sin excesos, no vaya a ser que nos pida más de lo que estamos dispuestos a darle. Es mejor no preguntarle nada, ignorarle, no saber. Por eso mismo hay tanto miedo a hacer oración (hablar de tú a Tú con Dios). Sin embargo, venciendo este miedo se podrían vencer todos los demás. Si nos conocemos tan mal es porque no nos queremos conocer en Dios, origen de nuestro ser, que se nos ofrece también como destino; que da sentido a nuestro vivir esperándonos, por decirlo así, "desde el futuro". Cuando se ve a Dios como Padre, se acaban los miedos.

EL MIEDO A DIOS

—Todo esto parece muy paradójico, supongo que porque lo es. ¿Cómo puede tener miedo a Dios quien no cree en Él?

—Porque lo presente de algún modo. No se puede negar a Dios sin tenerlo presente de alguna manera. La negación de Dios es afirmación de sí mismo. Si el hombre tiene miedo de sí mismo, de su mundo, de su futuro es porque tiene miedo a Dios. Esto es muy claro y explícito en Jean Paul Sartre: comienza negando a Dios por la sola razón de afirmar su propia libertad. Pensó a Dios como amo, se vio a sí mismo como esclavo y se rebeló. Así no hay manera de entender lo que dice San Juan: Dios es Amor; ni se entiende que el hombre sea imagen a semejanza de Dios, ni su dignidad natural, ni su fin sobrenatural, ni el valor divino que tiene cada uno de los momentos de la vida humana, por pequeña que sea o deteriorada que esté.

—También hay creyentes en el amor de Dios y tienen miedo. ¿Cómo se explica esto?

—Si no es por ignorancia, en este caso no es miedo exactamente, lo que tienen, sino temor. Lo lógico es que sea un temor filial, muy distinto al temor del esclavo. El temor filial es un temor a ofender a quien se ama. Es lo que le pasa al niño de siete años que mira a su padre al que tanto quiere y a pesar de todo, se ha portado mal y lo sabe. Se esfuerza por portarse bien, pero fracasa una y otra vez. Cuando mira a su padre y lo ve enfadado, se siente mal, porque es consciente de haber disgustado a la persona que más quiere. Por eso se siente arrepentido y desea el perdón: emerge en este momento el temor filial, que no sólo es compatible con el amor, sino que brota de la misma raíz y es como su prolongación. Si el hijo no amara a su padre, le importaría muy



poco haberle disgustado. Pero si le ama, pide perdón. Entonces, la ofensa desaparece y tiene lugar la reconciliación. El amor aleja de sí el temor, que se desvanece tras el perdón. De ahí que sea tan difícil distinguir entre el santo temor y el amor a Dios. Una ofensa al amor, suscita el temor. Y el temor, que es dolor de haber perdido de algún modo a quien se amaba, abre el paso a la confesión en busca del perdón.

EL SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD

—Recuerdo ahora que, para Karl Marx, el arrepentimiento sería el único verdadero mal. Así, cuando Flor de María (personaje de su libro "La sagrada familia") abandona su anterior vida de prostitución y comienza a actuar según normas morales, Marx afirma que la transformación religiosa ha sido una alienación, una "hipocresía". Flor de María —dice Marx sin rubor— cambió "la conciencia soportable de la degradación", por la "conciencia cristiana, y, en consecuencia, insoportable, de una abyección infinita". Marx alaba a Flor de María antes de su conversión, porque cuando vivía en el prostíbulo desarrollaba "su verdadera esencia", ya que actuaba según sus impulsos; pero como a partir de su conversión ya no actúa en orden a la materia, sino según normas morales, su naturaleza se considera anulada. Es también ilustrativo advertir la profunda aversión que sentía Marx por la idea misma de arrepentimiento. El arrepentimiento sería, precisamente, "el pecado".

También Sartre —que se autocalificó de marxista independiente—, en “Las manos sucias”, sostiene que el arrepentimiento sería el único crimen verdadero, por significar una traición a la libertad. Me imagino que Freud, sobre el que usted ha escrito mucho, estará en la misma línea. Quizá estos sean los tres grandes anestesistas de las conciencias contemporáneas. Sé que todavía hay psiquiatras y psicólogos que ven el sentimiento de culpabilidad como una especie de enajenación mental, algo de lo que hay que “curar” al hombre. Lo atribuyen a algún tipo de neurosis. E intentan eliminar de la persona el sentimiento religioso. ¿Qué opina usted, como psiquiatra y catedrático de psicopatología, de este asunto?

—¿Qué pasaría si elimináramos de raíz cualquier dolor o molestia física? Que no sabríamos nada de enfermedades y la supervivencia se haría imposible. Quienes practican la psiquiatría desde la dogmática freudomarxista o de cualquier otro estilo materialista, no han comprendido *lo que es* el hombre. Cuando no se entiende a Dios tampoco se entiende al hombre, y viceversa. Cuando esto sucede, tampoco se entiende lo saludable que resulta el arrepentimiento por haber cometido algún mal objetivo. Interpretar el sentimiento de culpabilidad como neurosis, es no ya un reduccionismo sino un completo error, aunque indudablemente pueden darse casos patológicos. Pero lo normal es que uno se arrepienta de algo que ha hecho realmente mal. Y entonces, el sentimiento de la culpabilidad ha funcionado de modo semejante al de cualquier dolor físico. El sufrimiento no es una desgracia, sino una advertencia que nos insta a buscar sus causas, sus razones, para poder aplicar la terapia adecuada. Sólo así se

puede recobrar la salud después de una grave enfermedad. Y cuando la dolencia es moral, el dolor es saludable y la terapia ha de ser de la misma naturaleza, ha de acudir a las raíces mismas del ser humano.

Por eso la Biblia enseña que Dios es Amor, Padre amoroso, y a la vez dice que «el temor es el principio de la sabiduría». Temer a Dios es ser sabio, porque ese temor no paraliza como el miedo, sino que, a quienes lo descubren, les encamina rápidamente a pedir perdón. Por el contrario, el miedo paraliza y cierra al hombre en el hermetismo estrecho de su intimidad egótica y huidiza.

Para extinguir el miedo y hacerlo desaparecer hay que experimentar el temor. El miedo no es cristiano, el temor sí. Con santo temor la persona puede enfrentarse con Dios en la oración y preguntarle sin ningún miedo: ¿qué quieres de mí?. Como en el temor hay amor, aunque sea incoactivamente, hay confianza y abandono. No se temen los resultados. Cuando una persona ama a otra, se abandona en ella, se autoexpropia a sí misma en favor de la otra. Temer a Dios, en este sentido, es abandonarse en El, autoexpropiarse en favor de Dios, para ser yo de Él y así resulta que Él es mío. El miedo a la vida o la muerte, a la enfermedad, al dolor, se desvanecen, o, si se prefiere, se reduce a su justa medida. El sufrimiento, entonces, no paraliza, no impide el vivir, no angustia, sino que lo potencia al máximo. Los padres deben tomar conciencia de que lo son y de lo que significa serlo. Han de esforzarse por ser una transparencia de la paternidad de Dios, practicando el amor, el perdón, la entrega y la fortaleza, sin lo cual no hay verdadera educación ni más paternidad que la biológica.

Antonio OROZCO

**SUSCRIPCIONES E INFORMACIÓN: ESCRITOS “ARVO”, GRAN VÍA, 68, 4.º 37001 SALAMANCA
TELÉFONO: 923 / 21 57 39 - FAX: 923 / 26 28 70**

PERIÓDICOS